



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Estudios Pedagógicos



Prof s . M a u r i c i o N ú ñ e z y A n a
Arévalo _____ 14/10/2011

Facundo Ferreiros

La semilla acortezada

Braulio no era para mí sino otro nombre en la larga (en la interminable) lista de estudiantes del 3°C. Por ese entonces comenzaba recién a hacerle clases al curso y apenas sabía el nombre de los que más opinaban, brevísima lista mental en la que su nombre, como el de tantos otros, no aparecía. Tampoco lo visualizaba, puesto que sentado al fondo de la sala su rostro se me confundía aún con el de la apretada fila de los que, pegados contra la pared como manchas, buscan el calor de los contornos como una forma de escapar a la mirada fría y cautelaria que perciben de los representantes del mundo, sus profesores.

No vine a saber de él sino hasta la primera vez que pedí una tarea de discusión y escritura grupal en la que su grupo no estaba trabajando. Cuando me acerque me dijo de forma apática que a él no les gustaba esto de ‘tener que dar la opinión en clase’, que lo ponía ‘incómodo’ y que prefería ‘el otro tipo de clases’. Ocurre que mi propuesta didáctica, anclada en los conceptos de experiencia y creación, se orientaba hacia la construcción de determinados significados, individual y colectivamente, de forma previa al encuentro con las definiciones y conceptos dados por el currículo, para la cual, era necesaria la vitalización de las vivencias propuestas a través de la palabra hablada, escrita y compartida. Desde el primer día, en el que propuse a los estudiantes esta forma de hacer las clases como una alternativa viable, ellos se comprometieron a poner de sí para que funcionara. Tuve el cuidado de advertirles que así sería, que habrían de mostrarse y que en ese espacio iban a tener la posibilidad de expresarse. Sin embargo, no pudimos saber que para quienes el mostrarse no es algo natural, para quienes han

sido enseñados a vivir el juicio del público de manera condenatoria y hasta denigrante, no podía ser una tarea fácil.

Para muchos estudiantes, me temo que para una gran y saludable mayoría de ellos, el proceso de escolarización obligatoria, entre miles de exigencias, no sólo no les permite mostrarse sino que les da la posibilidad de escabullirse en ese canal lleno de oscuros vericuetos que es la imposición de un código de normas externas al sujeto. En las palabras de Braulio se asomaba esa doble realidad, en la cual el cumplimiento le lleva una amplia delantera al desarrollo de la subjetividad.

Cuando pregunté a Braulio por qué no le gustaba esta forma de hacer las clases en la que nos habíamos embarcado, me repitió llanamente que no le acomodaba, y por estar al medio de una clase, no pude indagar de manera más profunda por ese momento.

En otra oportunidad y luego de haber visto un fragmento de una película, pedí que los estudiantes expresaran, de diversas formas, cómo les había llegado lo vivido, con qué se habían quedado o como lo significaban, para luego comentarlo con el curso. En esa clase varios estudiantes se negaron a leer lo que habían escrito, entre ellos el más tajante fue Braulio, quien desde el fondo de la clase sostuvo, negando con la cabeza y agrandando sus ojos: 'no, nada profesor, no me dejó nada y no hice nada'. Recuerdo que lo más dramático de su negativa, es que uno casi podía creerle. Por supuesto no puede pensarse que cada actividad que uno realice remueva algo en todos los estudiantes que los lleve a cuestionarse por completo, considerando que su capacidad de asombro es desafiada constantemente por el impacto desgarrante de las imágenes televisivas y negada por la calidad exánime de los conocimientos acostumbrados a recibir, pero me pareció ver algo más. Me pareció que Braulio no se había involucrado en la película, no había seguido el diálogo que allí se sostenía más que con la mirada, no se lo había representado, no lo había vivido ni por tanto lo había pensado.

Ya con esta actitud me quedé algo preocupado y en cuanto pude me acerqué a conversar con él. No quise hacerlo de manera directa, entre otras cosas porque tenía la seguridad de haberlo escuchado opinar en algún momento durante las primeras clases, por tanto me parecía que lo que ocurría en él tenía más que ver con el pedirle que hablara en público, que con el que lo hiciera espontáneamente. Cuando pude entablar

un diálogo con él, utilice un escenario propicio, al final de la clase, en que le escuché comentar algo a un compañero sobre un partido de Básquet en el que ambos participarían representando al Liceo. Pude llevar la conversación hacia donde quería y sin más, desaté la pregunta: ‘¿y cómo te sientes con respecto a eso que me habías dicho la otra vez de que te no te gustaba dar tu opinión en las clases, te vas sintiendo más cómodo?’. ‘Sí... no sé’, respondió él algo dubitativo, ‘es solo que no me acomoda’, volviendo a insistir en lo que podría interpretarse como una suerte de tedio o hastío por la situación en que la pregunta a la intemperie de la opinión de sus compañeros lo dejaba. Esta vez, sin embargo, me pareció comprenderlo más, y sus palabras me resonaban familiares, como si yo mismo hubiera podido pronunciarlas a su edad. Se trataba de una distancia, sienta, creada y recreada en el tiempo escolar, no con la disciplina de Psicología o Filosofía en particular, pero sí referente al hecho mismo de dejarse impactar por la presencia del conocimiento en un estado diferente al normal, más primitivo quizá, y por lo mismo más puro, de encontrar las coordenadas, de sentir la pulsación subcutánea de las emociones que es necesaria para pensarse y expresarse.

De alguna manera había pensado estos procesos como una fractura expuesta en cuyo hueso podría leerse, a la manera de los anillos de un árbol, los estadios de reflexión cotidiana a través de los cuales pudiera a su vez hallarse cierto deambular por así decir natural, o mejor, inaugural, del reflexionar filosófico, luego de cuyo encuentro sólo bastaría continuar el ascenso. Pensaba también que mi planteamiento inicial en torno a la vía didáctica alternativa, sería como una autopista espontánea de circulación, si bien no libre de obstáculos pero más o menos transitable, sin embargo prontamente nos vimos teniendo no sólo que desmalezarla detenidamente, sino que en determinado momento chocamos contra un macizo frente al cual, de haberlo visto antes, hubiéramos llevado al menos alguna herramienta más que nuestras propias uñas. No conté, ni hubiera podido hacerlo de no haber tenido esta experiencia, con la conciencia del alejamiento que muchos estudiantes contraían, tras su proceso de escolarización - encargado de instalar un modelo educativo nefasto que no involucra al sujeto en su propio aprendizaje-, consigo mismos, con sus emociones, es decir, con la manera en que los afecta el mundo: su piel endurecida no me develaba una fractura externa, sino interna, de la cual Braulio sería el caso cualitativamente más significativo, si puede

hablarse en filosofía todavía de asombro, de una disposición al conocimiento, o aún, de una inherente necesidad de comprensión.

Tuve algunos encuentros más con Braulio, conversaciones en los pasillos e incluso ciertas intervenciones en clase y después de ella, que no dejaron, con todo, de sorprenderme. La primera de ellas fue al final de una clase cuyo tema era la memoria, en la que recuerdo haber salido derrotado; me había propuesto reorientar el sentido de mis clases descentralizando mi rol como profesor, que hasta entonces se había vuelto demasiado protagónico, dando mayor tiempo a la palabra de los estudiantes, pero la actividad planificada no cautivó a los estudiantes, pese a mi esfuerzo reiterado; mientras arrastraba los pies dejando atrás el estrecho marco de la sala, me alcanzaron las zancadas de Braulio y su voz tocó mi hombro: ‘Profesor, ¿qué hay de malo en el olvidar?’, me pregunta preocupado, ‘yo antes de los once años no recuerdo nada’, a lo que yo le respondo ‘¿por qué cree que ocurre eso?’, y él continúa como desdiciéndose, ‘por nada en especial, es sólo que me había quedado con esa duda’. Yo le digo que el recordar le ayudaba para saber qué cosas le gustaron hacer en su pasado como para poder volver a repetirlos, como jugar básquet en su caso, ‘¡imagínese si se olvidara que le gusta jugar al básquet’, le digo, ‘andaría por ahí sintiendo que le hace falta algo y no sabría qué es, sería terrible’, y bueno también le ayuda para no volver a cometer errores que ya había hecho en el pasado. Siento que eso lo deja conforme, mientras se aleja caminando rápido delante de mí con sus amigos aventándose la pelota de básquet. Miro al suelo mientras me acerco a la escalera sin poder adivinar la causa de su repentino interés, cuando me doy cuenta que sonrío tímidamente.

Otro día, en una de las últimas clases que realicé antes del comienzo de las movilizaciones que tenía por tema el aprendizaje, Braulio me sorprendió nuevamente con una opinión en clase cuyo tono todavía recuerdo. Nos estábamos preguntando, o eso estaba intentando, acerca de cuándo nos dábamos cuenta que aprendíamos algo, y previo a la respuesta de Braulio, Héctor, uno de los chicos que más opina en la clase, habló con toda prestancia, ‘yo creo que uno sabe cuando ha aprendido algo cuando es capaz de aplicarlo a otras situaciones’, dijo sin vacilar, palabras que yo recogí y anoté en la pizarra por considerar que se acercaban mucho a una buena definición de

aprendizaje. Pero algo faltaba. Entonces esboqué nuevamente la pregunta y esta vez el silencio se apoderó de la sala por unos instantes, hasta que veo revoloteando en el aire al final de la sala la mano de Braulio y le ofrezco la palabra: ‘yo creo que uno sabe cuando ha aprendido algo cuando es capaz de decirlo con sus propias palabras’, sostuvo, y esta vez yo me quedé en silencio por un largo segundo, casi sin poder continuar. La intención de esa clase era que los estudiantes lograran enunciar lo que ellos creían que era el aprendizaje, relacionándolo con lo visto anteriormente sobre el lenguaje, y Braulio no podía haberse acercado más a una formulación más significativa. No recuerdo del todo cómo terminó esa clase, sólo sé que la siguiente, cuando teníamos que ver el tema de la inteligencia comenzó con sus palabras.

Me quedé pensando en este avance realizado por Braulio, quien anteriormente se negaba a pronunciarse en clase, durante algunos días y no pude sino atribuirlo a un clima general al que él tímidamente se había ambientado, una suerte de atmosfera que lo había movido, que lo había tocado de alguna manera y que había logrado rasguñar al menos la corteza que se va formando alrededor de los chicos que con más órdenes e instrucciones que educación, tienen que ir haciéndose en la vida.

Al principio no supe cómo afrontar la situación, ¿cómo enseñar filosofía a un estudiante que ha aprendido a odiar las preguntas, a esquivarlas y con ello, a negarse la posibilidad de inquietarse, de expresarse libremente sin las ataduras de los prejuicios o las mordazas apretadas por el sentido común, manipulado a su vez por los medios de comunicación? Tuve varias dificultades en mi práctica con la didáctica elegida, y si por alguna razón me hubiera permitido abandonarla por las clases más expositivas y con intención más objetiva que se me exigían, pienso que es muy probable que Braulio hubiera quedado callado y plano como una mancha en la pared, tras la corteza en la que se encierra un niño cuando no puede transfigurarse mediante el lenguaje, cuando no puede salir de sí ni germinar como lo haría naturalmente con una educación a la altura de la profundidad de sus sueños.

Pienso que fue vital en este proceso tanto mi acercamiento a él, como la insistencia en mi proyecto didáctico, pero por sobre todas las cosas, su propia insistencia, la fuerza que él tuvo para preguntarse, para mantener ese espacio de duda y

transmitirlo. A veces uno mira en menos el acercarse a los estudiantes, en preguntar primero fuera de la sala y luego dentro de ella; persiste en ello quizá un miedo a hacerse amigo del estudiante y a abandonar el único asiento en toda la sala que tiene goma espuma. Quizá este pequeño estudio de caso muestre lo contrario, que no hace falta hacerse amigo del estudiante para querer conocerlo, para saberlo esperar y estar dispuesto a mantener una relación bilateral con él, porque esa puede ser una de las formas de quebrar la corteza de su silencio, que en verdad, pareciera finalmente ser sigilo.